

Mariamulata

n° 103 • edición junio 2026 • www.revistamariamulata.com

[DESTACADO]

«...la ternura
todavía resiste»

Eugenia Páez

Alfonso Avila Pérez

[BIBLIOTECONOMÍA]

**Cuando la poesía
se vuelve piel**

«Lecturas íntimas de
La tierra es otra piel»

Camilo Avila Bustos

[VADEMÉCUM]

Poesía, prosa...

relato en clave/

Rafael Andrés Rúa Coll

[MICRÓFONO ABIERTO]

Libardo Polanco

Alberto Lora Lentino

Ini Rosa Sandoval

[OPINIÓN]

**Una mecedora, un
libro y mi opinión**

«una mirada a
Cuentos de la
casa, poemas
del universo»

Carmen Bustos Giraldo

[CUENTO]

A mis abuelas

Johanna Bula Carreño

Palabras capaces de permanecer



Adriana Acosta Álvarez
coordinadora editorial

MaríaMulata llega a su edición 103 con una convicción a prueba de tiempo y sostenida por quienes aún creemos en la literatura.

Mantener viva una revista literaria exige un tipo de fe que no sabría describir. Significa seguir apostando por los escritores cuando los espacios se reducen, acompañar obras que apenas comienzan a encontrar lectores y defender la palabra escrita frente a la velocidad con la que todo parece olvidarse.

MaríaMulata permanece gracias a quienes han confiado sus textos a estas páginas y gracias, también, a la necesidad persistente de continuar abriendo puertas para nuevas voces, nuevas lecturas, nuevos espacios y nuevas maneras de escribir el mundo.

La presencia de *Eugenia Páez* ocupa un lugar central dentro de esta edición. Su poesía logra una cercanía inmediata. Frías, Santiago del Estero, las mujeres anónimas, las cocinas, el monte y las calles aparecen en sus poemas con una naturalidad alejada del folclorismo. Cada texto suyo está escrito desde una relación verdadera con aquello a lo que le otorga voz. El reciente reconocimiento obtenido en Italia durante el Certamen Internacional Francesco Giampietri confirma la dimensión de una obra que comienza a encontrar reconocimiento fuera de sus fronteras.

Esta edición incorpora también textos escritos desde diferentes registros, íntimos, pero distintos entre sí. El ensayo de *Rafael Andrés Rúa Coll* aproxima la narrativa musical de Rubén Blades a universos literarios como los de Borges, Cortázar y García Márquez. El texto propone una lectura donde la salsa y el bolero adquieren densidad narrativa y emocional, capaces de contener fatalidad y deseo sin perder musicalidad.

A mis abuelas, de *Johanna Carolina Bula Carreño*, recupera una figura afectivamente ligada al Caribe colombiano desde una perspectiva ajena a la idealización. Sus textos están llenos de aromas, de carácter y hasta de humor. Dibuja a mujeres que aprendieron a construir su vida y la de sus generaciones, desde la cocina, el dolor cotidiano y el afecto, sin parecerse al ideal de las versiones cinematográficas.

Cuando la poesía se vuelve piel, de *Camilo Avila Bustos*, propone una lectura de “La tierra es otra piel” donde la ciudad y el cuerpo aparecen como lugares donde el público lector termina reconociéndose. Confirma que todavía existen autores interesados en la cercanía emocional antes que en la pose intelectual.

Los poemas de esta edición avanzan por registros muy distintos. Algunos textos se inclinan hacia la contemplación; otros avanzan hacia zonas más duras. Permanecen la pérdida amorosa, la intemperie afectiva, la pregunta por la identidad y la necesidad de dejar algo dicho antes del silencio. Los textos de *Libardo Polanco Cruz*, *Alberto Lora Lentino* e *Ini Rosa Sandoval* coinciden en la responsabilidad de otorgar palabras certeras a aquello que el mundo pocas veces consigue explicar.

MaríaMulata continúa abriendo sus páginas. Persistimos en la certeza de que buena parte de la literatura latinoamericana sigue construyéndose desde pueblos pequeños, barrios calurosos, bibliotecas independientes y autores que escriben sin garantías de permanencia ni reconocimiento.

Esta revista existe para ofrecerles un espacio dentro de la conversación cultural contemporánea.

Basta recorrer estas páginas para entenderlo.

«...la ternura
todavía resiste»
**Eugenia
Páez**



Alfonso Avila Pérez
director @santabarbaraeditores

Conozco escritores que convierten la poesía en vitrina; usan palabras impecables, una distancia prudente y emociones dosificadas. Eugenia Páez procede desde otra esquina de la creación literaria. En sus libros aparece la tierra, el rumor de cocina, las veredas calientes después de la siesta, mujeres sosteniendo la intemperie sin reclamar testimonio o reconocimiento. La

ternura, en ella, adquiere la forma de una negativa íntima frente al desgaste del mundo.

La noticia de su primer premio en el Certamen Internacional “Francesco Giampietri”, otorgado en Italia por *Pan y Poesía*, apenas vino a volver visible algo que ya respiraba en sus páginas; una voz desprovista de artificio que jamás requirió elevar el tono para visibilizarse. Sus poemas se gestan con la serenidad de quien atravesó el sufrimiento sin convertirlo en espectáculo.

La Casa del Menestrello distinguió su obra entre autores de distintos continentes. Ganó en la categoría de poesía en español y habló del reconocimiento de una manera infrecuente; Frías, Santiago del Estero y quienes escriben lejos de los centros culturales aparecieron dentro de sus palabras con idéntica legitimidad.

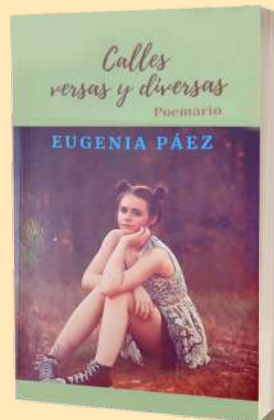
Resulta conmovedora esa manera de entender la literatura. Mientras buena parte del presente se consume en exhibición y velocidad, Euge-

nia menciona la poesía con absoluta naturalidad. Sin pose alguna.

Hace unos días presenté, en Bogotá, un libro del escritor guajiro Elión Ipuana, donde la península cobra vida dentro de cada página. Ahora, mientras la leo, descubro en el origen de ambas obras, similitudes que me impresionan gratamente y me niego a disimular; como que Eugenia también escribe desde un territorio fecundo; desde calles cosidas al recuerdo, con árboles guardando conversaciones antiguas y mujeres entrando y saliendo del poema con una fluidez sobrenatural. Algunos acusarán de exageración; pero basta leerla para advertir lo contrario.

En *¿Habrá suficientes manzanas para todas?* Aquí persiste una preocupación vinculada con la dignidad y con aquello que el mundo reparte de manera desigual. La pregunta del título abandona pronto su condición interrogativa; y las manzanas representan oportunidades, alimento y lugar en el mundo; un mundo habitado por mujeres capa-

Calles Versas y Diversas se siente como un recorrido emocional por la memoria y las mujeres de Frías. Eugenia Páez transforma historias reales en poemas llenos de ternura, dolor, resistencia y gratitud. Cada página honra a mujeres que dejaron huella desde el cuidado, la enseñanza y el amor cotidiano. Más que un poemario, el libro parece un abrazo colectivo a quienes sostuvieron la vida en silencio y con enorme dignidad.



«Me recuerdo niña
respirando flores y silencios.
Risa inquieta en acuarelas
cuencos sin fisura,
no, no estás muriendo ternura.
Me recuerdo niña
con dulce magia,
exigiendo con todas mis fuerzas,
besar con los pies el cielo,
mesas de frutas maduras,
no, no estás muriendo ternura...»

Eugenia Páez

ces y exactas no por figuras ornamentales.

Podría asegurar que Eugenia evita escribir para reclamar prestigio intelectual y que sus versos proponen tocar una fibra íntima en el lector. A veces uno siente la cercanía de una sobremesa extensa, mientras afuera oscurece sobre un pueblo pequeño.

En sus páginas aparecen eucaliptos, trenes, lluvias santiagueñas, plazas polvorientas, maestras fatigadas, enfermeras, madres anónimas. Nada ingresa como accesorio. Todo posee espesor humano.

En *Calles versas y diversas* levanta una composición coral alrededor de mujeres frienses. Cada poema fue trazado desde la cercanía afectiva, lejos de cualquier veneración. Allí la poesía conserva calidez, una cualidad cada vez menos frecuente.

La voz poética de Eugenia eligió un camino complejo. Sus textos observan el hambre, la desigualdad y el abandono mediante imágenes capa-

ces de conservar los silencios de la respiración lírica.

En *Mándame un color* se percibe la atención dirigida hacia el desgaste humano. La tristeza, el silencio y cierta intemperie emocional recorren varios versos; aun así, nunca aparece el cinismo. Incluso en las piezas más dolorosas queda una fisura abierta; y esa constituye una de sus mayores virtudes; evitar que la oscuridad termine convertida en espectáculo.

Mientras muchos discursos literarios contemporáneos avanzan hacia una frialdad casi cínica, Eugenia continúa escribiendo desde la cercanía emocional. Observa aquello frente a lo cual casi nadie se detiene; mujeres anónimas, fotógrafos de pueblo, changuitos, personas corrientes expulsadas de los grandes relatos culturales. En esa periferia descubre una materia poética de enorme intensidad. La autora conserva una cadencia propia y reconocible. Sus composiciones poseen tonada. Nunca intentan disimular procedencia ni suavizar

acentos para alcanzar apariencia universal. El paisaje santiagueño surge sin falsos folclorismos. El monte aparece adherido al cuerpo de quien escribe; algo encarnado, jamás turístico.

“

Resulta conmovedora esa manera de entender la literatura. Mientras buena parte del presente se consume en exhibición y velocidad, Eugenia menciona la poesía con absoluta naturalidad. Sin pose alguna.

”

Después del premio internacional habló del orgullo de llevar el nombre de Frías y Santiago del Estero hacia otros lugares. Allí reside parte del valor simbólico de su reconocimiento; recordar que la literatura



La poeta



Argentina no pertenece exclusivamente a Buenos Aires. Puedo asegurar, con autoridad, que estamos frente a una corriente silenciosa de nuevos escritores trabajando lejos de los circuitos legitimadores, creando, construyendo obras intensas, de gran calidad literaria, y apartadas de los cánones establecidos. Eugenia forma parte de esa corriente.

En *Aguas calmas*, libro compartido con Sandra Ávila, recorre una zona más íntima de su escritura. El deseo, la vulnerabilidad y cierta melancolía corporal transitan por esas páginas con una intensidad poco frecuente. El amor surge fuera de cualquier idealización, y el verso puede, a su antojo, convertirlo en hogar, o en duelo.

Esta autora escribe acerca de aquello que tarde o temprano nos alcanza a todos; el miedo, la pérdida, la necesidad de afecto y la ausencia de quienes se despidieron. Algunas piezas parecen escritas con urgencia, quizás con una necesidad imposible de aplazar; tal vez por eso lectores tan distintos terminan reconociéndose en su obra, más allá de referencias geográficas o culturales.

Pero reducir a Eugenia Páez exclusivamente a la figura de poeta resultaría insuficiente. Su tarea como gestora cultural le otorga un peso decisivo; talleres literarios, actividades comunitarias, proyectos colectivos, encuentros donde la poesía evade el encierro académico

Eugenia Páez nació en Córdoba y actualmente reside en Frías, Santiago del Estero, Argentina.

Autora de libros como: **Entre peperina y letras, Pa' el mal de amores y Hospedaje para dos**. Gran parte de su obra ha sido publicada en antologías, revistas culturales, blogs y medios nacionales y provinciales.

Ha desarrollado talleres literarios para niños y proyectos que integran poesía, fotografía y cortometraje.

Su trabajo fue reconocido por el Gobierno de la Nación Argentina como agente cultural y ha participado en muestras, charlas y cafés literarios en distintos países, llevando su voz poética a diversos espacios culturales.

y sale a mezclarse con la gente. En distintas entrevistas contó sus experiencias de lectura en barrios y espacios comunitarios, acercando textos a personas alejadas de los hábitos tradicionales de consumo cultural. La idea de democratizar la poesía forma parte, en ella, de una práctica concreta. Por esa razón el premio italiano adquiere una significancia mayor. Mucho más que una autora reconocida en el extranjero, se premió una voz nacida en el interior argentino atravesando fronteras sin perder autenticidad.

Aunque *Pan y Poesía* todavía circule de manera limitada, las declaraciones de Eugenia nos dejan intuir el núcleo del libro. El pan ofrecido como sustento material; la poesía comprendida desde una necesidad menos visible, aunque igualmente esencial.

En una época inclinada a considerar el arte como un lujo prescindible, Eugenia recuerda algo elemental; nadie vive únicamente de materia. Resulta necesario que un poema sea capaz de acompañar, iluminar zonas oscuras, cicatrizar heridas y digerir aquello que solemos callar.

Quizá el verdadero mérito de su escritura consista en esa capacidad poco frecuente de conseguir que el lector se sienta menos solo y, en especial, en demostrar que, en medio de tanto discurso vacío, Eugenia Páez todavía escribe creyendo en el peso específico de las palabras.



**Mi vida es un tejido
hecho por manos
de mujeres. Mi madre
y mis abuelas
son los pilares
fundamentales;
ellas me enseñaron
a resiliencia sin
necesidad de grandes
discursos...**



Alfonso Avila. **Cuando supiste que habías ganado en Italia, ¿Cuál fue tu reacción?**

Eugenia Páez. Fue un impacto que me dejó sin aliento por un momento. Recibir una noticia así, que llega desde Venafro, desde esa Italia tan lejana y a la vez tan presente en nuestra cultura, genera un temblor interno. Mi primera reacción fue de una incredulidad bendecida; una se pregunta si sus versos, nacidos en la intimidad de Santiago del Estero, tienen la fuerza suficiente para conmover corazones en otras lenguas y otros paisajes. Luego vino una gratitud inmensa hacia el jurado del Premio Francesco Giampietri. Sentí que en ese primer puesto no iba solo mi nombre, sino el de todos los santiagueños, el de todos los argentinos del interior del país. Fue confirmar que la poesía es, efectivamente, el lenguaje universal de la humanidad.

A.A. ¿Qué cosas de Frías inspiraron tu poesía y cómo influye el territorio en tu literatura?

E.P. Frías no es solo el lugar donde vivo, es lo que conmueve a mi alma. Mi literatura está impregnada por el ritmo de sus calles, el murmullo del río Albigasta que parece colarse en el aire. Influye en mis palabras, que buscan ser recíprocas con lo que somos, y en la persistencia de mostrar quienes la habitan y nos rodean. El terruño me da la identidad; es el lente a través del cual miro el universo. Cuando escribo sobre el sol, no es cualquier sol, es el sol santiagueño que se siente como un abrazo de fuego. Mi poesía es un mapa sentimental de Frías: sus esquinas, su historia y su silencio danzando en cada verso que construyo.

A.A. Tus poemas tienen mucha sensibilidad hacia las mujeres, hacia sus luchas y sus silencios. ¿Te sientes parte de la corriente feminista?

E.P. Me siento parte de una genealogía de mujeres que han sostenido la vida a través del silencio y el sacrificio, y mi poesía busca romper ese mutismo. Si ser feminista significa reconocer la dignidad intrínseca de la mujer, denunciar las opresiones invisibles y celebrar nuestra soberanía emocional, entonces mi obra camina por esa senda. Escribo desde mi propia piel de mujer, madre y trabajadora, intentando rescatar del olvido las historias de aquellas que no tuvieron voz o fueron silenciadas. Más que una eti-

queta política, es una postura ética y poética: la de mirar el mundo con ojos de igualdad y sororidad, sanando las heridas colectivas a través de la palabra.

A.A. ¿Qué mujeres marcaron tu vida?

E.P. Mi vida es un tejido hecho por manos de mujeres. Mi madre y mis abuelas son los pilares fundamentales; ellas me enseñaron la resiliencia sin necesidad de grandes discursos, solo con el ejemplo diario. También me han marcado las poetas que me precedieron, esas mujeres valientes que se atrevieron a publicar cuando el mundo literario era un club de hombres. Pero también me marcan las mujeres anónimas de Frías: la vecina que lucha por sus hijos, la colega docente que pone el corazón en el aula, y mi propia hija, que es mi espejo y mi motor. Todas ellas habitan mis poemas; soy el resultado de su fuerza y de sus ternuras.

A.A. ¿Tus textos son alguna forma de catarsis?

E.P. Absolutamente. Para mí, la escritura es un proceso alquímico donde el dolor o la angustia se transforman en algo que tiene belleza o, al menos, sentido. Escribo para entender lo que me pasa, para darle un cauce a las emociones que me desbordan. A veces, la realidad es demasiado ruda o caótica, y el poema aparece como un espacio de orden y de refugio. Cuando termino un texto que ha nacido de una necesidad profunda, siento una

liberación física, como si hubiera soltado un peso que no sabía que cargaba. La poesía me permite decir "esto me dolió" o "esto me hizo feliz" y, al hacerlo, la carga se vuelve compartida y más ligera.

A.A. ¿Qué quisieras que tus dejaran sembrado en los lectores, cómo te gustaría que recordaran tu poesía?

E.P. Porque no somos seres aislados; somos parte de un ecosistema emocional. En Santiago del Estero, la naturaleza se impone, no pide permiso. El monte es una presencia constante que nos enseña sobre la vida, la muerte y el renacimiento. Los árboles, con su quietud, son para mí metáforas de la resistencia; los pájaros representan la libertad que a veces nos falta. Uso estos elementos porque son el lenguaje más puro que conozco. Las flores que brotan en la sequedad del monte son el símbolo perfecto de la esperanza. Mi poesía no busca ser descriptiva, sino que utiliza el paisaje para hablar de lo que ocurre en el paisaje interior del ser humano.

A.A. ¿Qué cosas simples de la vida todavía logran emocionarte?

E.P. La sencillez es el grado más alto de la sofisticación, y es allí donde encuentro la mayor emoción. Me emociona el aroma del pan casero, el ritual de cebar un mate mientras afuera atardece. Me conmueve la lealtad de un perro, el crujido de las hojas secas bajo los pies y la luz dorada que entra por la ventana a las cinco de la tarde. Son

esos instantes "pequeños" los que realmente componen una vida con sentido; la poesía se encarga de rescatarlos para que no pasen inadvertidos.

“

...el mayor premio siempre será la palabra que sana...

”

A.A. Hay mucha ternura en tu manera de escribir, incluso cuando hablás del dolor. ¿Te cuesta conservar esa sensibilidad en estos tiempos?

E.P. Es un desafío diario. Vivimos en una era de velocidad, de indiferencia y muchas veces de violencia verbal. Conservar la ternura es una decisión política y espiritual. No es una ternura ingenua, sino una "ternura brava", que sabe que el mundo es difícil pero elige no endurecer el corazón. Al escribir sobre el sufrimiento con sensibilidad, busco que el lector se sienta abrazado, no golpeado. La ternura es el puente más corto entre dos seres humanos, y hoy más que nunca, es una forma de resistencia necesaria para no perder nuestra humanidad.

A.A. ¿Qué te gustaría que sienta alguien cuando termina de leer un poema tuyo?

E.P. Me gustaría que experimente una suerte de epifanía o de compañía. Que al cerrar el libro sienta que algo en su interior se ha movido, que una ventana se ha abierto. Si

logro que una persona se sienta identificada, que diga "esto es exactamente lo que yo sentía pero no sabía cómo decir", entonces mi misión está cumplida. Busco que mi poesía sea un refugio, un lugar donde el lector pueda descansar de sus propias batallas y recordar que la belleza todavía es posible, incluso en medio de las cenizas.

A.A. Después de este reconocimiento internacional, ¿qué sueños te quedan pendientes como escritora y como mujer?

E.P. Como escritora, mi sueño es seguir siendo fiel a mi voz, no dejar que los premios me alejen de la verdad de mi pago. Sueño con que mis libros lleguen a las escuelas de mi provincia, que los jóvenes vean en la poesía una herramienta de libertad y no algo aburrido o lejano. Como mujer, sueño con seguir creciendo en sabiduría, prevalecer en el sueño de un mundo más justo y amable. Abrazar a Frías con la misma pasión, transformando cada vivencia en un verso que pueda servirle a alguien más. El mayor premio siempre será la palabra que sana.

A.A. Si hoy tuvieras que definir qué es la poesía, pero sin pensar demasiado... ¿qué dirías?

E.P. Diría que la poesía es el pulso de lo invisible. Es esa fuerza que nos obliga a mirar hacia donde nadie mira y a encontrar la luz en lo oscuro. Es, en definitiva, el idioma del alma tratando de explicar el milagro de estar vivos.

NUESTRAS

Coraje,
coraje, coraje hasta partirse,
coraje rozando las calles,
uno, donde no se callaron
y se vieron más hermosas,
uno, donde rasgaron
hasta sus entrañas,
vientres, semillas,
canto, alas, valentía.

Rosas de agrio despuntar
de falda o pantalón
embistiendo
con la única armadura
en sólida actitud.

Derrumbe de a ratos,
con ellas los pájaros,
barreras llamando a silenciarlas
con ellas el cielo.

Surcadoras en asfalto
o polvaredal
en ellas flores atemporales.

Cenizas
con ellas belleza de corazones.
Fiebre, sed, intemperie,
esperanzas insondables.

Aire,
aire, para tomar impulso,
saltar lo más lejos
para que tiemble Frías,
incubar, embestir,
sostener con la entrega,
teniendo como único credo el amor.
Derramar en la sequía,
amparar y aliviar.

Milagro de no estar vivas
y seguir recorriendo como ofrenda
las calles de Frías.

CAPULLOS

Y si fuéramos flores
destinadas a ser semillas
si supiéramos
que seremos correspondidas
con la alegría del amor.

Aroma, capullos encendidos,
bocas, canto, manantial,
cántaro.

Capullos que cuando te tocan
es imposible olvidar.

Te daremos flores,
flores en alas,
flores albigasteñas,
florcitas del pago
que ofrecen sus arterias
como vasos
para que otros beban
y apaguen su sed.

Y si fuéramos flores
destinadas a ser semillas
pensarás en la primavera
cada vez que camines
por las calles de Frías.

HILOS DEL ALMA

Y a veces los hilos
del alma
se aflojan,
entonces entendés
que la oscuridad
agudiza tu ingenio
para encontrar la luz.

A veces, los hilos
se cortan
y por un momento
solo por un momento
sentís que las calles
de tu pueblo
no te pesan tanto,
que el semáforo del tunal
te da un guiño
y regresás a ese sábado
de postres, galletitas en tarros
y manteles coloridos.

Un día ya casi
no ves los hilos
o mejor dicho
un día aceptaste
ver la costura
y te mirás en el espejo
para decirte:

—Escuchame una cosita,
sacate la alergia,
no cargues mártires,
lo mismo existís,
a veces a la vida
le urge
oírte cantar—.



Eugenia Pérez en portada. Fotografía realizada por Néstor Lemos, 2026.

EL MAPA DE LOS ANHELOS

Vibra un color vibra el tiempo
ecos de un noble registro.

Una antigua mudez
hoy hay burlado
un muchacho que puso arte
a la "Dama de Cemento",
rito de jazmines
recuerdos sin postigos,
las vías y un río
acunando capullos.

Un joven abraza
al mundo con su lente
capturando emociones,
un visor que congela
cien imágenes
porque sabe que otros
necesitan de sus ojos
y así
conservar la historia
en mil memorias.

Te nombraste poeta de la imagen
senderos de marrón
a verdes invaluables
como rubí,
mirar tantos recuerdos y decir
es imposible caminar sin ellos.

BLANCO Y NEGRO

Las nubes de la noche
han cubierto de piedad mis ojos.
Veo el concierto de los astros,
la luna en esplendores,
la urbe entre las sombras
y en la urbe un laberinto.

Un patio que espera
con gardenias,
además, en su momento
todo estrellado.

El todo y la miseria se miran
y lloran porque saben
que una es la rosa y otra,
y otra es el polvo
que se desgarras.

MUCHACHA

Muchacha,
si te anidan los poemas
de ti van a decir cosas muy feas
que no eres buena para nada,
que le falta rima,
que de sentimientos
poco conoces,
y volverá aquello
en voz de cuchillo
calla porque así luces hermosa,
calla y que solo retumbe
la voz del que juzga.

Muchacha ovario fuerte,
di lo que vales,
la vida empieza
donde todos son iguales.

Muchacha,
si te anidan los poemas
y eres flor sin importar el camino
apúrate,
el tiempo es corto,
muy corto,
para no ser vivido.

OJOS CIEGOS

Bautizar tus ojos ciegos
brisa de un arrullo
del corazón para escucharte
otra vez enamorado.

Destierro y despojo
algarabía por vivir.

¿Quién vigila los espejos?
Sácate las vendas
Y mírame
porque llevo un poema feliz.

Encender y redoblarse
sintiendo el hambre de pinceles
y miradas.

Un aura
en la palabra pública.

Una caja negra un lente mágico
muestra tangible del existir,
engullir la belleza
y sentir
que se nos atora en la garganta,
mirarte,
mirarnos,
porque donde no hay poesía
hace frío.

MUCHACHO

Ese muchacho
que ves sacando
adelante sus proyectos,
ese chico valiente
que de tanto enfrentar al lobo
ha aprendido a vivir mordiendo.

Lo imagino ser él mismo
tras el telón
y menuda obra de arte
cuando se desviste,
se peina
y se pone a cocinar.

Él es ese chico,
ese,
al que de tanto desear
lo he confundido con la poesía
y ahora ya no sé
si escribo versos o pájaros.

AMARILLO Y ROSA

Nunca hablé con mi papá
de mis escritos
los leí a destiempo.

Y, sin embargo,
heredé mi amor por escribir.

Nunca hablé con mi mamá
de la soledad y la tristeza y,
sin embargo,
tampoco sé cómo
quitármela de encima.

Nunca hablé con mis padres
de cosas importantes
como el amor.

Creí que
se mantenía a salvo
en el silencio.

Y, sin embargo,
qué son los escritos
sino intentos de vencer soledades
de hablar a fondo
con los hijos propios o ajenos.

Cuando la poesía se vuelve piel

«Lecturas íntimas de La tierra es otra piel»



Camilo Avila Bustos

director www.revistamariamulata.com

La tierra es otra piel nos llega escrito desde una intimidad difícil de fingir. A medida que avanzaba en sus páginas, tuve la impresión de internarme en nostalgias y preguntas que los autores exponen sin artificios. En esa franqueza descansa buena parte de la fuerza de esta antología.

Cada voz encuentra su propia forma de aproximarse al mundo. Textos contenidos y silenciosos; otros, más ásperos e intensos; historias que se sostienen en lo cotidiano y otras que bordean lo fantástico. Pese a sus diferencias, todos convergen en ciertas preocupaciones compartidas: familia, la pérdida, el amor, la ciudad, el cuerpo y el paso del tiempo. Entonces el título revela su verdadera dimensión cuando esa *otra piel* termina por darle voz a aquello que cargamos.

La tierra aparece de muchas formas a lo largo del libro. En ocasiones adopta el rostro de la ciudad; en otras, el de la infancia, el duelo, la familia o el propio cuerpo. Esa amplitud simbólica evita cualquier lectura cerrada y permite que el lector encuentre zonas de reconocimiento personal dentro de los relatos.

Loma Fresca, de Víktor Campbell, fue uno de los textos que más me perturbó. La escena de la niña retirando la tierra de la tumba de su madre para permitirle respirar posee una crudeza conmovedora. Lo admirable es que el relato nunca cae en el exceso. El dolor se mantiene contenido y, precisamente por eso, alcanza mayor profundidad. Hay sufrimientos que desbordan cualquier explicación y, aun así, resultan reconocibles para cualquiera.

También merece atención la forma en que varios autores elaboran la nostalgia a partir de detalles mínimos. El viejo gesto de *extrañar el pasado* deja de ser una consigna abstracta y se encarna en habitaciones y objetos, son escenas domésticas que conservan restos de quienes alguna vez fuimos. En *Adentro y afuera*, por ejemplo, la casa permanece intacta; quien ya no pertenece a ese espacio es la persona que vuelve a habitarla. El planteamiento parece sencillo, pero contiene una verdad difícil de ignorar.

Barranquilla ocupa un lugar central dentro de la antología como una

ciudad tangible, hecha de patios, calor, lluvia, plazas, silencios y casas envejecidas por el tiempo. Esa presencia concreta les otorga a los relatos una densidad particular. *Mi casa vacía*, de Jennyfer Carmona, destaca justo por eso. El texto parte de una acción cotidiana —volver a una casa antigua— y termina convirtiendo ese regreso en una reflexión sobre la ausencia y el desgaste afectivo, sin abandonar nunca un tono sobrio y honesto.

Otros autores se desplazan hacia registros más sombríos. Danny Acevedo combina lo fantástico con lo erótico y lo simbólico usando imágenes de gran intensidad. Carlos Mejía, en cambio, construye personajes exhaustos, quebrados por una existencia hostil, pero todavía necesitados de afecto. Bajo la dureza de *Repostar* permanece intacto el deseo de compañía.

Uno de los mayores aciertos de esta antología consiste en carecer de verdades absolutas. Sus personajes están heridos, confundidos o intentan comprender aquello que les ocurre. No hay heroísmos, no hay moralina ni discursos ejemplares. Y quizá sea precisamente esa vulnerabilidad lo que vuelve tan próximos muchos de estos relatos.

Muchos escritores persiguen la perfección formal como si bastara para sostener una obra. Los autores reunidos en *La tierra es otra piel* eligieron otro camino, el de escribir desde la necesidad de decir algo verdadero. Y esa decisión se agradece.



candelaria '26

Poesía, prosa... relato en clave /



Rafael Andrés Rúa Coll

MSc. Ciencia y tecnología de alimentos
IQ. Director de proyectos en LaRúa

El *síndrome del papel en blanco*, que a todos sucede, no escapa al momento de querer relatar la aproximación de Rubén Blades a tres grandes de la literatura universal, como lo son Borges, Cortázar y García Márquez.

Ello implica una tarea significativa, encontrar el vínculo entre Rubén Blades y estos ilustres exponentes de las letras, la creatividad y la elegancia literaria. En este sentido, se manifiesta en este cantante una verdad, que, si él es la especie —el músico que nos retrata una realidad en ritmo de clave—, aquellos son el género, que relatan, retratan e idealizan el devenir de las cosas, incluida la condición humana. Muy cercanos entre sí, atados y comunicados por un hilo conductor invisible, pero percible. Propósito que busca defender, de manera sucinta, esta redacción.

Percible... He ahí el síndrome... Rubén Blades, entre muchos géne-

ros musicales, ha hecho relucir la milonga, el latin jazz y el bolero. Solo es escuchar *Parao*, el muy popular *Decisiones* o el hermoso *Sin tu cariño* para vislumbrar al bonaerense, al belga más argentino y al cataqueño.

Aquellos apelando a sus preclaras mentes; el primero, acercándose desde lazos fraternos que demuestran que *la sangre no impide tragedias...* Cuidado con los héroes: a veces matan inocentes cumpliendo su deber. Mientras Cortázar, en *Rayuela*, hablando de jazz toda una noche, o Johnny Carter (Charlie Parker, saxofonista genio en *El perseguidor*, 1959). Y el querido Gabo con Florentino Ariza: *Era el último romántico de un mundo de boleros* (El amor en los tiempos del cólera, 1985). Gabo es lapidario: *Primero el bolero, después el puñal...* nos recuerda que *Puñal en mano se fue pa encima*.

Por respeto a mis mayores, pero apoyado en ellos, *Rubén hace salsa con letra de bolero*, *Gabo hace novela con alma de bolero*. *Los dos lloran en clave*.

Uno de mis héroes, mi hermano mayor, me ayuda a reforzar mi tesis del vínculo de aquel sonero y este tridente brillante. Me escribe y relata: *Cuando suena Juan Pachanga, la escena se completa: hay ciudad, hay historia, hay personajes que bailan mientras cargan su destino. La cortina musical no es fondo, es atmósfera narrativa. En ella, los tres autores convergen: el fatalismo de Borges marca el compás, la incertidumbre de Cortázar improvisa sobre él y la esperanza de García Márquez introduce el giro inesperado*.

Nada diferente a la fatalidad en la vida de Andrés Eloy Pérez, la incertidumbre en la familia que buscaba la salvación y la esperanza de una nación.



Luna 23

Sembrar segundos en noches de febrero
bajo una luna gibosa,
azulada,
cosecharlos en marzo
al despunte del sol,
una mañana de frío andino.
Saborearlos en abril a media luz
con la luna dividida por mitad.
Sentirlos en el centro del corazón
haciendo cortocircuitos,
y dejarlos ahí, en el miocardio,
para que se hagan horas,
para que se hagan días,
para que se hagan eternos
y vuelvan en otro febrero,
pero con la misma luna
ya madura,
jugosa y blanca,
...y cosecharlos otra vez,
y verlos llegar
en lazos de vacío y de tiempo,
donde todo se crea
en este universo eterno.



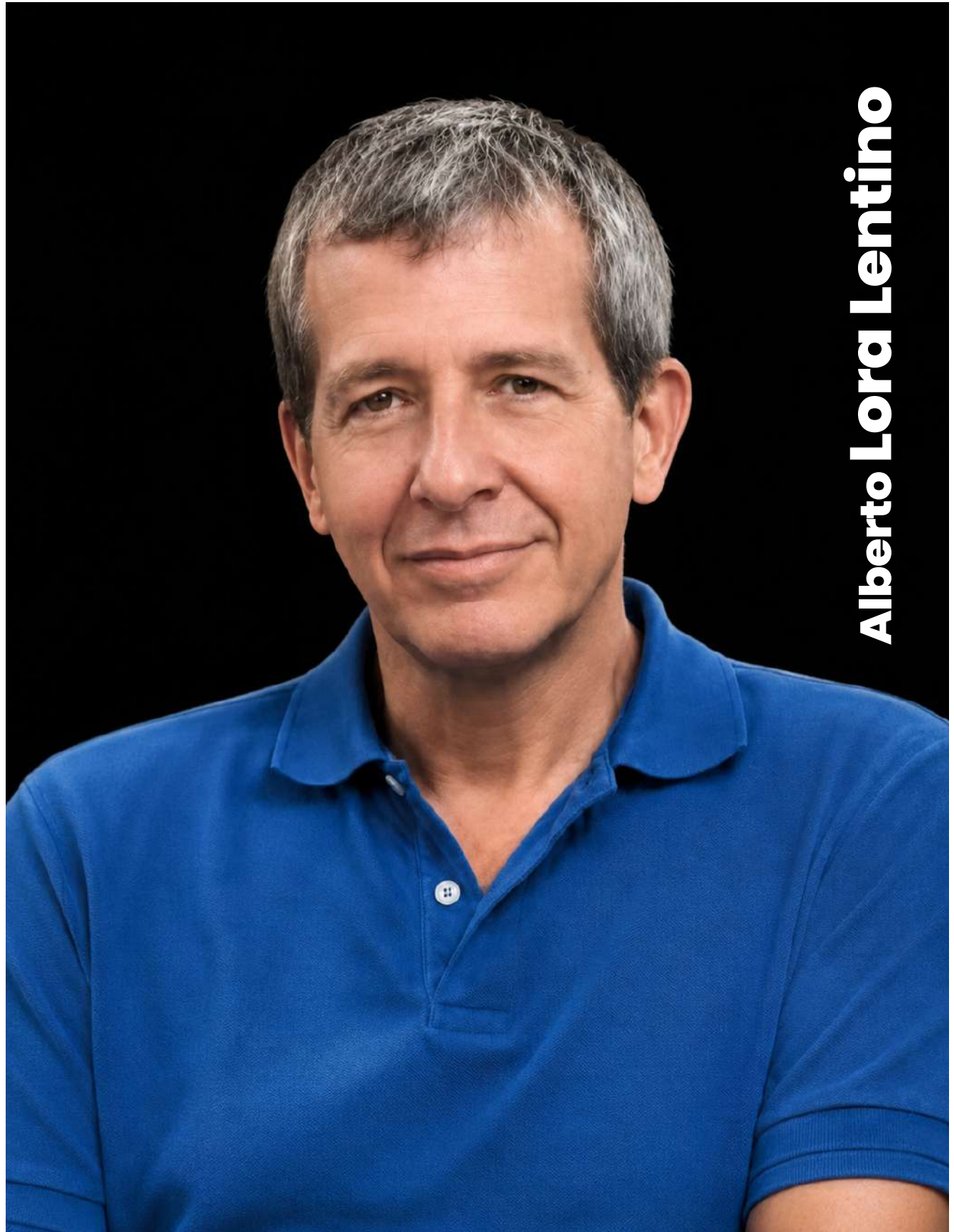
Libardo Polanco

Ajena

La cálida hermosura de una flor,
una rosa que en junio ha florecido,
zafra que recoge la dulzura del amor,
ese que en tu interior siempre ha existido.
Surgió una llama de etéreo resplandor.
tu mirada tornose en promesa latente,
tenue caricia que mitiga el dolor,
la duda de un deseo quizás inexistente.

Aún veo en tu mirada un fuego que calcina
lo más impredecible de mi fascinación.
¿Esconde una ternura tu alma cristalina?
¿O todo fue producto de la imaginación?
No mires hacia atrás y sigue caminando,
detrás de aquel que está tu sueño acariciando,
ese que se ha ganado a pulso tu cariño,
consiéntelo, acarícialo, como si fuera un niño.

Esperaré paciente a que llegue el dulce olvido,
recogeré uno a uno del alma los pedazos,
viajaré a donde viajan los amores perdidos,
acuñaré por siempre del dolor los abrazos.
No habrá resentimiento ni habrá desilusiones,
tarde o temprano muere la cruel melancolía,
estaré donde mueren de amor los corazones,
soñaré que tus ganas aún siguen siendo mías.



Alberto Lora Lentino

Brazos vacíos

Muchos años han pasado,
viviendo de migajas,
en la sombra,
no del árbol que cobija,
sino entre brazos vacíos,
en sonrisas vacías,
amor vacío,
sexos vacíos,
imágenes forzadas.

Por tan poco te has prendado.
Ilusión de vida,
dejándote manipular.
Pobres seres,
los dos son nada.



Ini Rosa Sandoval

Una mecedora, un libro y mi opinión



Carmen Bustos Giraldo
comunicadora social -periodista

Cuentos de la casa, poemas del universo, de Ana María Hernández Otero y Edilberto Hernández Barraza, empecé a leerlo sin mucha ceremonia y terminé quedándome ahí, pasando páginas como pasa cuando uno oye a alguien contar historias y no quiere interrumpir. Lo fui leyendo despacio, sin afán y con gusto, una tarde caliente, en una mecedora bajo la sombra de un palo de mango, y terminé sintiendo que alguien me estaba hablando al oído de cosas que yo también viví o escuché alguna vez en mi casa.

Es un libro tranquilo. Lo lees sin darte cuenta de que ya vas por varias páginas. Quizás por eso los cuentos y los poemas se sienten como si hubieran sido escritos desde la sala de una casa vieja donde siempre había café colao', una conversación prendía' y

alguien contando historias mientras los gallos hacían su serenata.

Lo más agradable del libro está en cómo vuelven importantes las cosas sencillas. Un perro, una babillo, una tienda de barrio, una vecina hablando desde la terraza, un patio lleno de hojas secas... todo termina teniendo alma. Historias como la de Skip o la de La Baby, se sienten. Uno termina cogiéndole cariño a esos personajes como si fueran conocidos del barrio o gente de la familia; una mascota que termina volviéndose compañía y hasta parte de la familia.

La manera como aparece Ciénaga en cada página, caliente, húmedo, lleno de voces, de lluvia, de mar y de calles donde siempre pasa algo. Mientras leía, podía imaginar el olor de la tierra mojada, escuchar los pájaros en los patios y ver esas casas antiguas donde las tardes eran más largas. El libro tiene ese saborcito a las historias viejas que uno escuchaba de los mayores cuando se iba la luz y todos terminaban sentados afuera cogiendo fresco.

Claro, hay partes donde los relatos se alargan bastante y algunos detalles pudieron contarse más rápido. Pero también pienso que ahí está parte de su encanto. Porque en la costa la gente cuenta así: se devuelve, repite, se detiene en un detalle pequeño y vuelve otra vez al punto. Eso hace que el libro se sienta cercano, como una charla sin apuro.

Cuando terminé la última página,

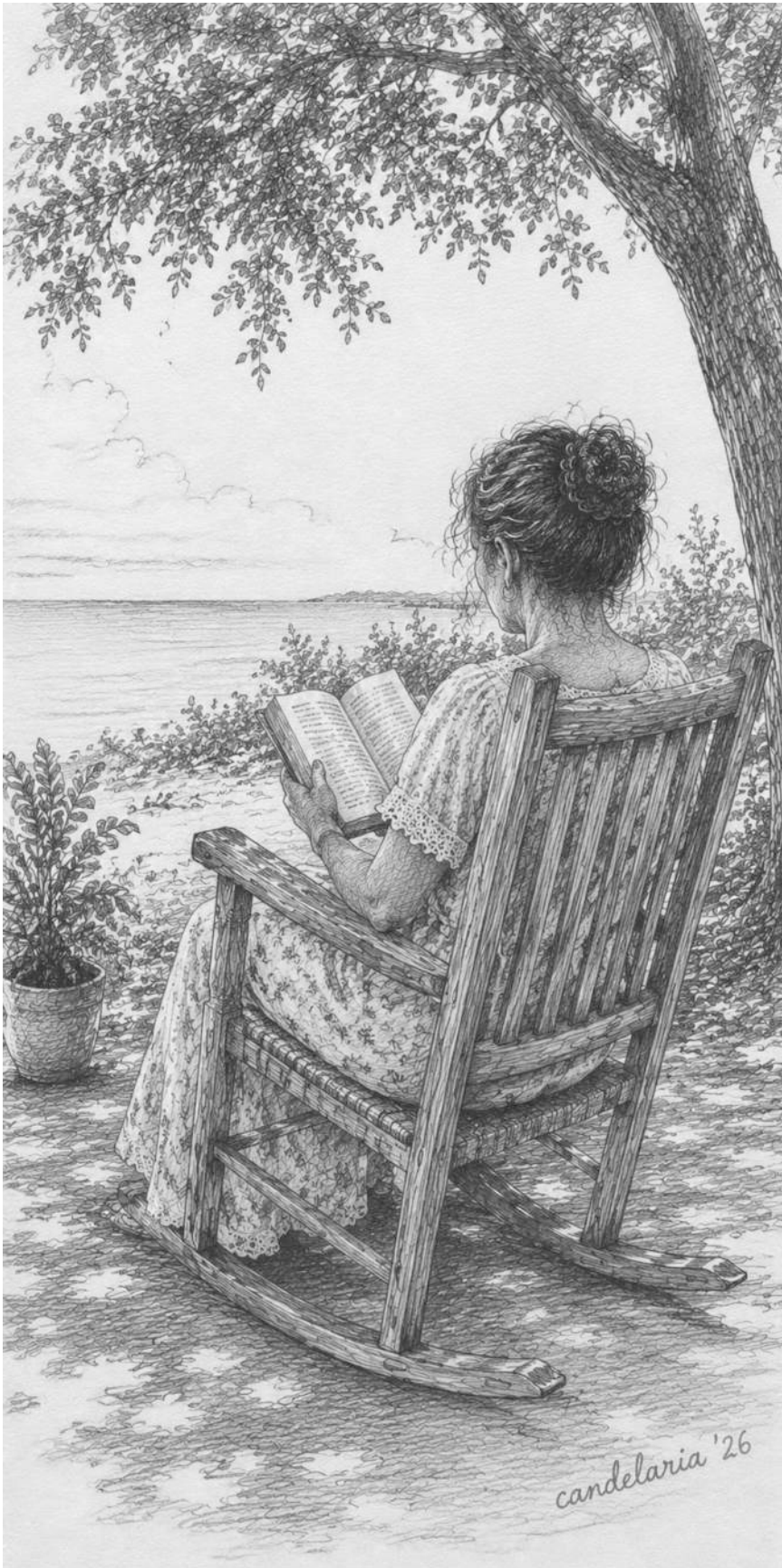
me quedó una sensación que pocos libros me han dejado, algo parecido a cuando se va una visita querida y la casa queda en silencio, y me quedé un rato quieta, pensando en esa gente, en esas casas y en esas tardes que uno cree olvidadas.

“

**Hay libros
que se sienten
escritos desde el
cariño, y este es
uno de ellos:
un padre y una hija
contando la vida
con esa calidez
tan propia
del Caribe...**

”

Sí vale la pena leerlo, en especial si uno disfruta las historias humanas, las puertas abiertas, la vida de barrio y esa manera tan nuestra de hablarle a la gente desde el cariño. El libro fue presentado en la pasada Feria Internacional del Libro de Bogotá como una de las novedades editoriales de Santa Bárbara Editores, y sinceramente me hace feliz que libros así sigan encontrando espacio.



Mariamulata

Junio de 2026
Edición No.103 Año 12

www.revistamariamulata.com
santabarbaraediciones@gmail.com
WhatsApp +57 310 7226137
Barranquilla, Atlántico, Colombia.

Alfonso Avila Pérez
Director fundador

Camilo Avila Bustos
Director

Adriana Acosta Álvarez
Coordinadora editorial

Billie Jean Madera García
José Gastelbondo Sánchez
Diana Margarita Juliao Urrego
Alejandra Herrera Lora
Comité Editorial

Dayana Urina
Carlos Merchán Céspedes
Diseño

©www.revistamariamulata.com, su logotipo diseño y estructuración son productos y marcas debidamente registradas de **Santa Bárbara Editores EU.**, su uso sin previo permiso de los dueños del derecho legal es causal de delitos, y se aplicará la Ley vigente. Los textos, artículos y opiniones aquí expresadas son de uso del derecho de cada autor, columnista o en su defecto interprete y por tal razón no determina ni la política ni el criterio de la revista, del comité editorial y de sus miembros quienes solo han permitido su reproducción como medio.

Se permite la reproducción de los textos aquí expuestos previa citación de la fuente.

A mis abuelas



Johanna Carolina Bula Carreño
abogada, especialista en Derecho penal

De las abuelas de los cuentos y las películas aprendí que eran seres casi celestiales, que olían a galleta recién horneada, con rostros de algodón y una dulzura sin igual; aprendí que eran una mezcla de sabiduría y paciencia, voces melodiosas y, de tanto en tanto, profetas del destino. Seres que caminaban con una lentitud graciosa, luciendo delantales de cocina que, extrañamente, mantenían su limpieza inmaculada.

Aquella idea encajaba poco con los dos seres profundamente humanos —y bastante más terrenales que celestiales— que tuve en mi vida. Porque, seamos sinceros, ¿para qué nos decimos mentiras? Mis abuelas pudieron ser todo en vida menos abuelas cinematográficas, cosa que no les impidió, a ninguna y a su estilo, ser seres de película.

Tendré que hablar de ambas a la vez, para que se mezcle en el relato todo aquello en lo que mis abuelas se parecían: las matronas más autoritarias que recuerdo.

De ambas heredé muchas cosas, más por rasgos de personalidad que por genética, o eso me digo en un intento de no admitir que la genética familiar está cargada de características bastante peculiares que se manifiestan con demasiada frecuencia, hasta en personas de la familia que no conviven a menudo y, en variadas ocasiones, que ni siquiera conviven. Pero supongo que así son todas las familias; no soy ni genetista ni psicóloga; puedo pasar con más facilidad por paciente; sin embargo, eso, el día de hoy, no viene al caso.

Las abuelas marcan para bien, para mal, para siempre o por un instante. En esto de las relaciones familiares nada está escrito en piedra y no pueden juzgarse historias ajenas desde la propia. Como diría alguna abuela, “no confundas peras con manzanas”, porque, a pesar de ser frutas, no son lo mismo, no se cultivan en las mismas condiciones ni crecen de igual forma, pues habrá a quienes les gusten unas, ambas o ninguna.

Y si hablar de abuelas ya es una categoría, referirse a abuelas costeñas es abordar una categoría única. Será la brisa que mezcla el olor del río con el del mar; el calor que nos hace menos pacientes con las nimiedades; un no sé qué que, cier-

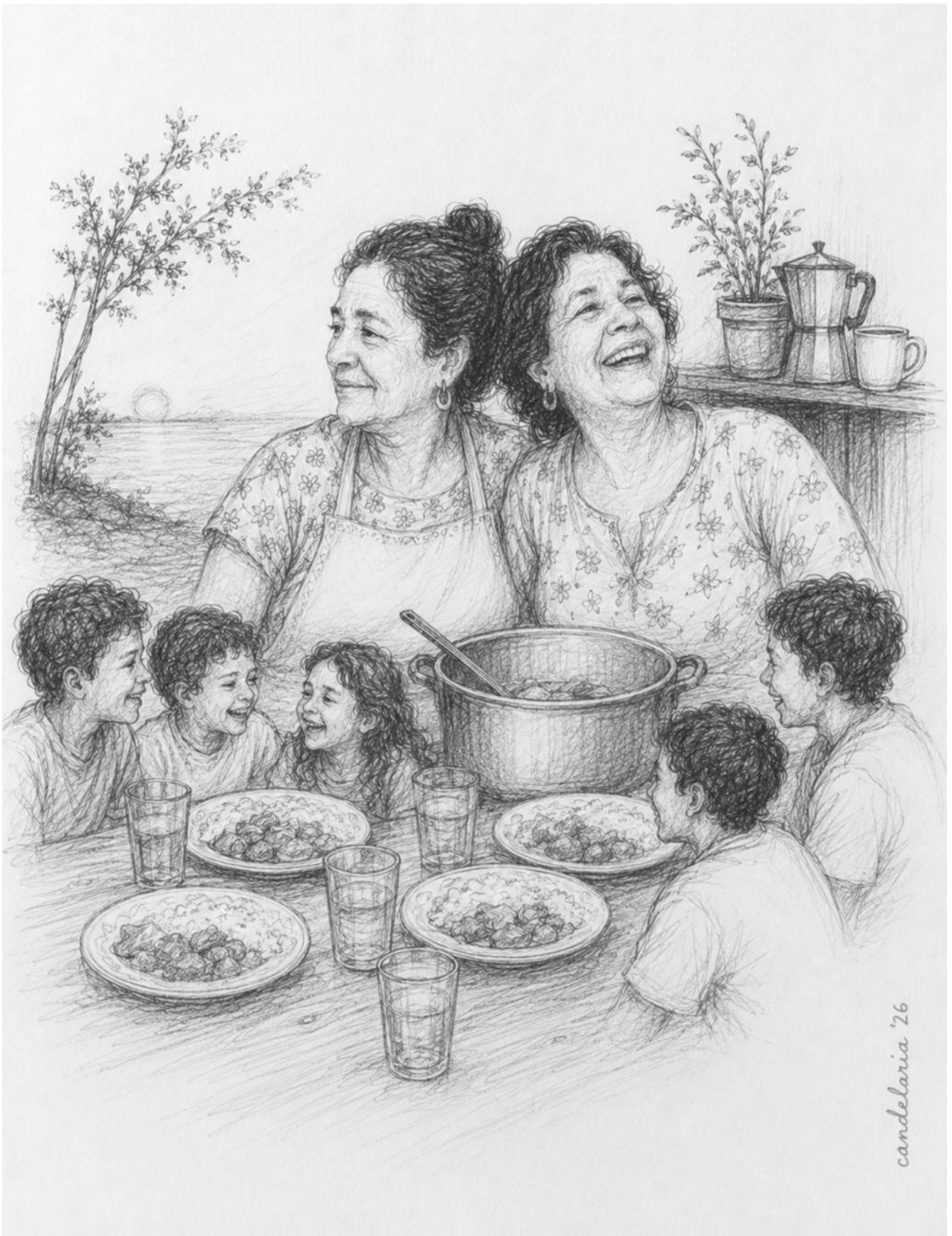
tamente, ahí está, como diría alguna abuela desesperada leyendo esto: “No me haga buscarlo, porque lo encuentro”. Mis abuelas eran eso y más, cada una a su estilo, unos tremendos personajes.

El olor a galleta no era lo habitual en las cocinas de mis abuelas. Olían a caballito, enyucado, cocadas, a sancocho de mondongo, de costillas, a mote de queso, a bollo de yuca, a tinto temprano en la mañana y a tinto después del almuerzo.

En sus cocinas resonaba la cuchara raspando el cucayo de la olla del arroz y la licuadora haciendo su mejor esfuerzo para sacar un jugo de tamarindo para veinte personas y tres jarras para regalar, porque si algo no faltó en ninguna de esas dos cocinas, ni en ninguno de sus corazones, fue generosidad.

Las casas de mis abuelas hacían ecos de risas, de carcajadas y de mentadas de madre; el silencio se reservaba para ciertas horas del día, ni siquiera por guardar luto, pues el matrimonio de mis padres mezcló a dos familias que poseían una tradición en común: el luto se llevaba en el corazón, no en la ropa ni en el abandono de la música.

Mis abuelas no eran seres celestiales ni levitaban al caminar; eran bastante terrenales, y su sabiduría no venía en tonos dulces ni en matices delicados; venía de aprendizajes que solo quedan después de enfrentarse a todos, a la vida misma y, aun con cicatrices, salir vencido-



candelaria '26

ras o, al menos, después de haber dado una buena pelea.

Sus consejos no serían aptos para memes de Piolín que se envían por cadenas de WhatsApp, pero sí tenían una dosis de realidad. Es que darse por vencidas no era opción. Ellas fueron sombra y luz, huracán y tranquilidad, y encarnaron la revolución misma.

Sus rostros no siempre fueron dulzura ni arrugas enmarcadas en pelo blanco; esos rostros fueron lienzo de maquillaje, de delineados de acuerdo con la tendencia; en sus ojos no se posaron crisálidas, se lucieron con coquetería pestañas postizas. Sus cejas fueron una debilidad en común, pues antes de hacer una oración en la mañana, se pintaban las cejas.

Sus cabellos no los vi blancos; creo que jamás conocí el color que, por genética, les correspondía. Yo vi cajas de tintes de todos los colores; conocí primero un gorro de hacer rayitos que un compás o un transportador. Porque no es solo el gusto, sino que con las abuelas costeñas todo termina convertido en aprendizaje; así que aprendí a mezclar un tinte porque taparse las canas era una misión que debía completarse. También fueron diestras en enseñanzas poco ortodoxas para niños pequeños, como poner inyecciones, tomar la presión, arrancarle el “coquito” a la grama o llevarse con destreza un centro de mesa de algún evento; de esas cosas normales que enseñan las abuelas

costeñas. Es que vencer los signos de la edad y temer por la inutilidad de la descendencia tenía el mismo grado de importancia.

“

**Las abuelas
marcan para bien,
para mal, para
siempre, por un
instante; en esto de
las relaciones
familiares nada
está escrito en
piedra y no se juzga
con la historia
propia, las historias
ajenas...**

”

Mis abuelas no olían a mazapán ni a nada romántico; ellas olían a perfume de acuerdo con la ocasión. Se negaron a calzar babuchas o chancletas; preferían lucir tacones de distintos tamaños, siempre a la vanguardia de la moda, con los que daban pasos que asustaban o tranquilizaban, de acuerdo con el sonido que hacían al caminar. Porque ninguna fue experta en hablar de sentimientos; a pesar de eso, desarrollaron un lenguaje propio con sus pisadas que permitía anticipar su estado de ánimo. Sabías de qué

humor venían y no les habías visto la cara. Con sus tacones bailaron, brillaron, fueron dueñas del mejor vestido y se bambolearon al ritmo del mejor son; todo en ellas fue grande; lo que no les fue dado en estatura, lo llenaron de personalidad, de papayera, de ranchera, de esplendor.

Ninguna de ellas fue lo que quiso; fueron lo que pudieron ser en medio de sus circunstancias, porque la vida real perfecta y sin sobresaltos es igual a las abuelas de ficción: una mentira absoluta. Experimentaron todas las emociones humanas y se distinguieron por encima del común, pues en lugar de guardar rencor, lo transformaron a su favor.

Quizá sí hay abuelas de canas blancas, de sandalias y que hornean galletas; las mías levantaron familia mientras rayaban yuca, limpiaban un guandú o desplumaban una gallina. En tiempos en que no se hablaba de lenguajes del amor, ellas escogieron dar de comer mientras perfeccionaban cada receta; esa era la medida de su amor: comida que llenaba el alma, que daba consuelo, cada una con su toque y con su sello.

Menos mal, a mí no me tocaron las abuelas de voces dulces, sino las que a todo pulmón daban órdenes mientras se veían regias; me tocaron de las que disfrutaban comprar ropa, zapatos y carteras, y cuya terapia era el salón de belleza. Menos mal me tocaron dos mujeres

DISPONIBLE EN
amazonkindle

tercas a las que les di más de un dolor de cabeza; en mi mala defensa, mis defectos adolescentes eran el reflejo de lo heredado de ellas, como diría alguna abuela costeña cualquiera: “Digna nieta de su abuela, sí es”.

Exigentes con los modales, con las formas y el protocolo, no fueron un completo cúmulo de virtudes; tenían pecados, defectos y luchaban contra uno que otro demonio interior; perdían a veces y eso se notaba, ganaban la mayoría de las veces y nunca se daban crédito por ello. Iban a la iglesia, hacían caridad, también una que otra cosa ni tan buena ni santa.

Hoy mi casa tampoco huele a galletas; huele a chicharrón, a empanadas de queso, a sancocho de costilla y, en cada olor, un poquito de cada una de ellas. Cocina y amor son dos cosas que las abuelas costeñas dan a manos llenas.

Ya ellas no leerán estas palabras; ya no están para deleitarnos con sus ocurrencias, con la planeación de fiestas que no se celebraron como lo soñaron, de fiestas que fueron más de lo que pudieron pedir. Hoy son recuerdo, legado. No tuvieron rostros de algodón y fueron, en ocasiones, unas fieras.

Menos mal me tocaron mis abuelas, esas que superaron, por mucho, cualquier ficción.



Un libro que transforma vidas..!



“...**La epidemia del sobrepeso** no es un problema individual; es un fenómeno global que requiere una comprensión profunda y un abordaje integral. No se trata solo de perder kilos, sino de ganar salud, bienestar y una nueva perspectiva de vida...”

Carlos Elías Sales Puccini



SantaBárbara
www.revistamariamulata.com

e-mail: santabarbaraediciones@gmail.com www.facebook.com/santabarbaraed [@santabarbaraed](https://www.instagram.com/santabarbaraed)
Carrera 65 No.84-25 Barranquilla, Atlántico, Colombia Pedidos y ventas: Whatsapp +57 310 7226137



SantaBárbara

revistamariamulata.com

diseño + pasión = creación.



✉ e-mail: santabarbaraediciones@gmail.com www.facebook.com/santabarbaraed [@santabarbaraed](https://www.instagram.com/santabarbaraed)

📍 Carrera 65 No.84-25 Barranquilla, Atlántico, Colombia Pedidos y ventas: Whatsapp +57 310 7226137